

innumerables de la idolatría á la fe de Cristo, con los ejemplos de su admirable vida? También Santa Catalina de Sena, vecina á nuestros tiempos, con ser muger y sin letras, convirtió á tantos de una vida desarreglada, á la piedad y justicia, que cuatro confesores que de continuo la asistían con permiso del sumo pontífice Gregorio XI, apenas tenían tiempo para reposar oyendo las confesiones de aquellos que la santa reducía al amor de la virtud y justicia, más con el esplendor de su vida que con su doctrina."

"¿Pero qué necesidad hai de tantos argumentos para probar una cosa tan manifiesta, cuando los mismos retóricos definen así al orador. "Un varon bueno, diestro en hablar?" Porque si el orador que trata de las servidumbres de las casas, y de que se vuelva un depósito; para ser creído de los jueces, ha de ser varon justo, y se busca mas en él la probidad de la vida que la inteligencia del arte; ¿qué dirémos de un predicador cuyo total cuidado y oficio consiste en mover á los hombres al odio de los vicios y al amor de las virtudes, mas con sus obras que con sus palabras? Pues con mucha razon se dijo. ¹ ¿A quién limpiará un sucio?"

"Todo esto nos hace conocer cuál sea el motivo porqué en nuestro siglo, resonando continuamente casi todos los templos con las voces y clamores de los predicadores, vemos tan poca enmienda en las costumbres y tan pocas conversiones. Pues siendo la palabra de Dios fuego, y como un martillo que quebranta las piedras; si este fuego no abraza los pechos helados, y este martillo no ablanda los corazones de hierro, ¿cuál puede ser la causa, sino que este negocio se trata mas con palabras que con ejemplos; mas con letras, que con lamentos; mas con el estudio de la elocuencia, que con piadosas oraciones; mas con el cuidado de adquirir aplausos, que de desterrar vicios; y finalmente, con mayor ansia de hacer su nombre célebre, que de conseguir la gloria del Altísimo y la salud de las almas? Y esto ¿qué otra cosa es sino enterrar el talento, cuando vemos que el ministerio que se les ha cometido, no le enderezan á la gloria de Dios y salvacion de los hombres, sino á las conveniencias é intereses temporales: esto es, para vivir con mas anchura y regalo, para conseguir un puesto de mas honrosa dignidad, para ganar estima y nombre en el pueblo, y para percibir mas pingües rentas de la Iglesia? Cuando vamos con tanto anhelo tras de estas cosas, ó tenemos en poco la gloria de Dios y salvacion de las almas, ó la ponemos en el ínfimo lugar. Pero bien claramente dió á enten-

¹ Eccli. 34.

der el real Profeta cómo se habrá Dios con semejantes operaciones, cuando dice en un salmo: ¹ ¿Cómo te atreves, pecador, á predicar mis leyes, y á tomar mis palabras en tu boca?" y lo demas que se sigue. Todos estos pertenecen á la suerte de aquellos de quienes dijo el Salvador en el Evangelio: ² "Dicen y no hacen: imponen cargas pesadas é insoportables, y no quieren tocarlas con su dedo."³

ARTICULO TERCERO.

DEBERES DEL PREDICADOR.

El predicador ha menester ante todo tener la conciencia de su deber; porque de otra suerte no conseguirá nunca recoger los frutos de la noble y santa mision que le ha confiado Jesucristo. Estos deberes aparecen implícita y maravillosamente contenidos en las mismas palabras que le sirven de título para presentarse ante los pueblos, como el enviado de Dios para anunciar sus oráculos, explicar su lei y difundir su gracia. "Id," les dijo Jesucristo: he aquí la mision. Cualquiera que, correspondiendo á este llamado, recibe la imposicion de las manos y se inscribe en el gran registro del sacerdocio católico, dice con solo este hecho, "iré." *Id*: he aquí el llamado: *iré*: he aquí la aceptacion. Aceptar la mision de Jesucristo es lo mismo que someterse sin restriccion de ningun género á los deberes que este llamado impone. Veamos pues cuáles son estos deberes. Ellos miran en primer lugar al ejercicio del ministerio, y se derivan de esta palabra; *predicad*: he aquí el primero de los deberes. Pero Jesucristo quiere, no solo que se predique, sino que se predique su palabra; y por lo mismo, no contento con imponer la obligacion de predicar, añadió esta palabra *el Evangelio*. El segundo pues, de los deberes del predicador concierne á la naturaleza de su predicacion. No basta todavía esto: podria ser mui bien que el predicador enviado y provisto, se creyese libre para elegir auditorio ó teatro. Mas no debia ser así: Jesucristo vino á salvar al mundo, y en este mismo sentido instituyó el ministerio apostólico. He aquí porqué, no satisfecho con mandar que se predicase el Evangelio, añadió estas palabras: *á toda creatura*: El tercer deber del predicador mira pues al audito-

¹ Ps. XLIX.—(2) Matth. 53.—(3) Retórica eclesiástica, Lib. primero, cap. VI.

rio. Pero ¿qué! la difusión de la doctrina de Jesucristo por el ministerio del sacerdocio ¿estará reducida únicamente á predicar por predicar? No: este ministerio tiene un objeto grande, un objeto práctico, un fin eterno: la perfeccion moral y la salvacion del mundo. Por eso en otro lugar, pero al mismo propósito, dijo Jesucristo á sus apóstoles: *Instruid á todas las naciones en el camino de la salud.* He aquí la explicacion auténtica de estas otras palabras: *Predicad el Evangelio á toda creatura.* Esta predicacion no es por lo mismo otra cosa que la enseñanza dogmática de la salvacion á todo el género humano. La salvacion implica tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad. *El que no creyere será condenado,* dice Jesucristo. Luego es necesario creer, y creer segun el designio de Jesucristo. ¿Cuál es la extension de este designio? El pensamiento y la accion. La fe rigiendo todos los elementos morales del hombre, su entendimiento con las verdades que contiene, su voluntad con las promesas que garantiza, su libertad con la lei que propone. El cuarto deber del ministerio apostólico se refiere pues al objeto práctico de la predicacion. Hai mas: este objeto práctico presupone una institucion universalmente práctica; y por lo mismo, si el auditorio debe no solo creer, sino tambien obrar; es evidente que el predicador debe no solo difundir la palabra, sino proteger su accion ayudando al auditorio; esto es, administrándole los Santos Sacramentos. Por esto Jesucristo, despues de haber fijado el carácter de la enseñanza, pasó á imponer la obligacion de administrar el Bautismo y de promover en todo sentido la observancia del Evangelio: he aquí las palabras á que aludimos: *Bautizándolas,* dice, *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado.*

Finalmente, Jesucristo concluyó su discurso de institucion con estas palabras muy notables: *Estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Esta asistencia continua de Jesucristo es la mas preciosa garantia que puede ofrecer el ministro á su auditorio; pero no debemos olvidar que aquella incluye la condicion tácita de que el predicador quiera estar y defacto esté continuamente con Jesucristo. De aquí se colige, que el predicador tiene ante todas cosas el deber de atraerse á Jesucristo, identificándose con él en la intencion, medios y objeto de tan santo ministerio. Para merecer esta asistencia divina, el predicador necesita poseer las prendas y cualidades que exige su ministerio. De ellas acabamos de

hablar en el artículo precedente: trataremos pues en este de los otros puntos. Sin embargo, no será por demas advertir que el primero de todos los deberes de un predicador es adquirir dichas cualidades, puesto que sin ellas carecerá siempre de unas condiciones indispensables para llenar como es debido una mision tan augusta.

En cuanto á los otros, ellos se refieren como acabamos de ver: primero, al ejercicio del ministerio; segundo, á la materia de la predicacion; tercero, al auditorio; cuarto, al objeto práctico de aquella.

CAPITULO PRIMERO.

OBLIGACION DE PREDICAR.

Esta obligacion, como indicamos al principio, está inculcada en las mismas palabras con que se autoriza el sacerdote para predicar la palabra de Dios. *Predicad,* dijo Jesucristo, y por lo mismo el predicar es un precepto suyo. *“Predicad la palabra de Dios,”* dijo S. Pablo, y por lo mismo la inteligencia que nosotros hemos dado á las palabras de Jesucristo, es rigurosamente apostólica. *“No me he excusado,* decia S. Pablo, *de anunciaros todo el consejo de Dios, y por espacio de tres años no he cesado de amonestar con mis lágrimas á cada uno de vosotros.”*

Todos los escritores eclesiásticos han insistido en este deber con un celo verdaderamente laudable. La Iglesia toda clama por la predicacion á los Pastores de las almas, y de la manera mas terminante consigna la obligacion que les incumbe. Veamos lo que dice á este propósito el Santo Concilio de Trento en la sesion 5.^a, cap. II. de *Reformatione.* *“Porque la predicacion del Evangelio es necesaria para el bien de la república cristiana, manda el santo concilio que los que gobiernan las iglesias parroquiales ú otras con cura de almas, están obligados á apacentar con palabras de salvacion al pueblo que les está cometido, segun su propia capacidad y la de éste, por lo ménos los domingos y fiestas solemnes, haciéndolo por sí ó por sugetos idoneos si ellos estuvieren legítimamente impedidos, enseñando lo que todos necesitan saber para la salvacion, y anunciándoles con lenguaje breve y sencillo los vicios de que deben huir, y las virtudes que conviene practicar, para que puedan evitar las penas eternas y conseguir la gloria celestial. Mas si alguno de ellos descuidare el practicarlo, no*

deje de proveer la solícitud pastoral de los obispos para que no se cumpla aquello: *Los párvulos pidieron pan, y no había quien se le partiese.* Así cuando faltaren á su deber por espacio de tres meses despues de amonestados por su obispo, sean compelidos con las censuras eclesiásticas ú otras penas á arbitrio del mismo obispo, de suerte que si le pareciere conveniente se saque de los frutos beneficios para retribuir con una decente remuneracion al que preste este servicio, hasta que enmendándose el cura propio llene su obligacion."

En la sesion 24, cap. IV de *Reformatione*, volvió á inculcar este mismo deber en los términos siguientes: "Deseando el santo concilio que el cargo de la predicacion se ejerza con la mayor frecuencia posible para la salud de los fieles, manda que los obispos anuncien las sagradas escrituras y la lei de Dios por medio de los curas párrocos ú otros en caso de impedimento de estos, á lo ménos todos los domingos y festividades."

En fin, para no aglomerar citas, concluirémos manifestando que esta obligacion ha sido promulgada por todos los siglos desde el origen del cristianismo, inculcada por los padres de la Iglesia, exigida por todos los prelados, y reconocida como un punto inherente á la cura de almas y que no admite excusa ni excepcion. Los cánones apostólicos excomulgan al sacerdote que no instruye; San Basilio y San Gregorio le caliñcan de homicida; San Juan Crisóstomo lleva mas adelante su sentencia, puesto que el homicida priva de la vida temporal, miéntras que el pastor negligente priva de la vida eterna.

Dejamos á los canonistas y moralistas la explanacion de estos puntos, para reducirnos á lo dicho; y concluimos advirtiendo de nuevo que esos pretextos con que muchos quieren eludir una obligacion tan sagrada, como es la inutilidad de la predicacion, la escasez de la concurrencia, el fastidio del pueblo y su distraccion, la falta de tiempo, la dificultad de la oratoria, el cansancio de la edad, &c., &c., nada valen para destruir la fuerza de este deber. El pastor que no apacienta, el centinela que no vigila, el maestro que no enseña, en suma, el que teniendo cura de almas no predica, debe temblar ante la idea de la eternidad. "Advierdan todos aquellos, dice un célebre teólogo, que están revestidos de la dignidad del oficio pastoral, que se hallan de tal suerte obligados por el Derecho natural, divino y eclesiástico á ejecutar el cargo apostólico de la predicacion, que si no le desempeñan diligentemente, habrán de sufrir

sin la menor duda el suplicio de la condenacion eterna." "¡Ai de nosotros á quienes ha sido dispensada para sembrar la esta semilla celestial! ¡Ai de nosotros si no la esparcimos! ¡Ai de nosotros si llamamos! ¡Ai de nosotros que hemos aceptado las tareas del ministerio!

CAPÍTULO SEGUNDO.

MATERIA DE LA PREDICACION.

Una palabra solo bastó á nuestro Señor Jesucristo para determinar al orador sagrado la materia de sus discursos: "Predicad el Evangelio," les dijo. Basta, no se necesita mas. Esto mismo se debe decir á todos los predicadores: Evangelio y nada mas que Evangelio. ¿Y qué es el Evangelio? La palabra de Dios en su plenitud. El Evangelio es un libro al cual se refieren todos los libros sagrados y del cual parten todos los libros eclesiásticos. Salir del Evangelio es perderse; no tocar el Evangelio es esterilizarse. El Evangelio es la palabra divina en la extension que le acabamos de dar; porque el Evangelio no está reducido dentro de los límites que tienen los libros de los cuatro evangelistas. Por Evangelio ha de entenderse la palabra de Dios tocando á su plenitud en la predicacion de Jesucristo. El Evangelio es un centro de todo lo que puede merecer el nombre de palabra divina. Resume, completa, ilustra, explica y confirma todo el antiguo Testamento. Funda, prepara, consagra y fecunda la palabra y la accion de la Santa Iglesia católica para el resto de los siglos. ¿Qué mas se necesita, para fecundarse indefinidamente y encumbar el vuelo de la elocuencia hasta las regiones mas inaccesibles, que difundir entre los pueblos esta palabra divina y eterna, esta palabra maravillosamente fecunda, el Evangelio de Jesucristo?

Es un hecho que la elocuencia sagrada, lo mismo que la poesia bíblica, se han elevado á un rango tan sublime, que han dejado muy abajo cuanto de mas excelso y brillante habian producido el talento y el genio. ¿Cómo explicar esto? ¿Acáso de una manera humana! Seamos justos: haciendo la comparacion entre genio y genio, talento y talento, palabra humana y palabra humana, los antiguos nada tienen que envidiar á los modernos. Digase lo que se quiera: en la cuestion de simple forma, de simple talento, de simple artificio humano, si hemos de hacer á un lado lo que se debe al pen-

samiento divino, es preciso confesar que la literatura griega y romana no han tenido por cierto una literatura rival en los tiempos modernos. La tribuna moderna nada tiene que oponer á Demóstenes: el foro carece de una figura capaz de colocarse al lado de la de Ciceron. Tácito no tiene compañero entre los historiadores modernos. No hai un original épico que pueda figurar con ventajas junto á la Iliada y la Odisea. La misma Eneida de Virgilio que figura como imitacion de Homero se ve todavía como una cosa inimitable, y Horacio no ha dejado de ser el príncipe de los poetas líricos. Si pues todo ese panteon ilustre de genios eminentes y de talentos esclarecidos que nos ha dejado la antigüedad, se rinde ante la inmensa galería de los oradores y poetas que se han inspirado de la idea cristiana; no veamos aquí la inferioridad del hombre sino la elevacion del pensamiento que no pertenece al hombre.

Fundados en estas consideraciones, señalaremos como la materia fundamental de la oratoria sagrada, las santas Escrituras, estudiadas con espíritu apostólico, con sumision católica, es decir, con el deseo de cumplir el designio de Jesucristo al instituir este santo ministerio, y estudiándolas en la escuela de la Santa Iglesia.

Esta escuela nos habla por la voz de sus decisiones ecuménicas, de sus tradiciones sagradas, de sus Doctores santos, de sus preceptos morales. Es pues una consecuencia de lo dicho que el orador sagrado no debe contentarse con tener á la vista las santas Escrituras; sino que debe pedir su explicacion á la Iglesia católica; debe acudir al aprendizaje que ella le propone en los libros de los santos Padres y Doctores eclesiásticos.

No quiere decir esto que el apelar á la historia de la naturaleza y á la historia de la sociedad humana deba tenerse como una profanacion, no; lo que importa es que todo rinda el tributo al pensamiento evangélico, que todo se explique como lo explica la Iglesia, y que sin salir de su órden puramente subalterno, contribuya en su tanto á la mente de la Iglesia católica. Bien está que el predicador pase la revista de los seres diversos que nos presenta el universo físico; pero que sea para concluir con el Profeta la sabiduría, la omnipotencia, la bondad, la providencia infinita de su divino Autor. Bien está que haga sus alusiones finas á la mitología pagana; pero que sea para confundirla con la verdad eterna del Evangelio, diciendo con el Apóstol que su narracion es historia y no fabulosa, que se trata de una verdad fecunda y divina, y no de una docta y divertida fábula.

Bien está que se acuerde alguna vez de las sábias inscripciones de la Grecia; pero que sea para revelar á los doctos de este mundo la existencia, la accion y los atributos del verdadero Dios. De esta suerte el orador sagrado puede dominarlo todo con la palabra eterna de que dispone, sin empañar jamas el divino esplendor de esta palabra con la humana ciencia, con todo lo que es profano. Nada es tan triste y miserable como ese orador que para subir al púlpito, pide sus luces á la simple razon y sus inspiraciones á la fantasia; que se imagina ser una especie de poder por su genio y su talento para socorrer la palabra de Dios. ¡Insensato! Dios no necesita de nadie, Dios no necesita de la palabra humana, Dios ilustra la razon con su verdad; pero nunca viene á mendigar, en busca de apoyo, á las puertas de la razon humana.

Basta: cuando hablemos de los estudios del orador sagrado, inculcarémos mas y mas esta doctrina importantísima.

CAPÍTULO TERCERO.

DEBERES DEL PREDICADOR PARA CON EL AUDITORIO.

Todo lo que obra enérgicamente sobre el hombre hasta poderle cambiar en su corazon, es un poder. Pero este cambio, que obra la elocuencia profana segun la medida de los talentos, segun la destreza para mover las pasiones, segun las riquezas que posee del tesoro de la verdad; es en la elocuencia sagrada una cosa independiente de estos elementos subsidiarios del arte de hablar. El orador dispone de los dogmas, cuenta con la verdad en su esencia. La fe de los pueblos va delante de sus labios para allanar los caminos á la difusion de la doctrina; y el hombre se rinde á ella, y no á la palabra humana; es decir, cuenta con todo lo que se necesita para triunfar del entendimiento. La duda, la discusion, el raciocinio son impotentes contra el poder de la fe. El que cree, quiere que se le desarrolle la doctrina; mas no que se le demuestre la verdad. Su creencia es superior á su conviccion; porque esta se refiere al hombre, mientras aquella se refiere á Dios.

Sobre el corazon obra con toda la fuerza de la eternidad, contra la debilidad del tiempo: muestra los sepulcros y allí proclama la nada de todo lo que perece y el supremo interes de cuanto sobrevive á la muerte. A su cargo están

los intereses mas caros de la virtud, y la humanidad en... se halla pendiente de los labios del orador, para remediar sus necesidades inmensas, para que cicatricen todas sus heridas, para caminar á su verdadra perfeccion.

Mas este poder de la elocuencia sagrada no existiria, por cierto, si Dios no le hubiese comunicado; y en consecuencia nada tiene que pueda lisonjear el orgullo humano; pues la extension de sus conquistas, el brillo de sus victorias nada absolutamente deben á los simples esfuerzos de la elocuencia humana, como dice San Pablo; y si todo á la irresistible fuerza de la palabra divina.

§ I.

EXTENSION DEL AUDITORIO.

Tiene por teatro el orador evangélico el mundo entero, pues que su mision se extiende, segun el texto sagrado, á todas las creaturas, y por consiguiente á todas las generaciones. Desde el principio del cristianismo esta palabra divina se está cruzando de un cabo al otro del mundo. Oyenla los creyentes para afirmarse, los infieles para convertirse, los buenos para santificarse, los malos para moverse á penitencia. Oyenla en todos los idiomas, porque el Evangelio está destinado á dar la vuelta al mundo,

Mui atentamente debe considerar el predicador estas expresiones de Jesucristo. "Predicad el Evangelio á toda creatura: enseñad á todas las naciones." Ellas no solo manifiestan esa universalidad absoluta que habia de caracterizar á la Iglesia, esa indefinida carrera de victorias que abrió Jesucristo á su Evangelio, esa revolucion sublime que obró la mision apostólica en el carácter de la sociedad y en los destinos del mundo; sino tambien contiene una mui alta leccion para los que habian de anunciar el Evangelio. Todos los hombres tienen derecho á la predicacion, pues que Jesucristo les ha otorgado esta gracia. El que la distribuye se llama *ministro*, y no *Señor*; esto es, servidor de los fieles, y no dueño absoluto del tesoro que reparte. Síguese de aquí, en primer lugar, que no hai motivo alguno para negar á los pueblos el pasto de la palabra evangélica; y á ejemplo de los apóstoles, un ministro de tan alta mision debe llevar á todas partes con la palabra de Jesucristo su propio reino, sin bue le detengan ni la distancia de los lugares, ni la insalubridad de los climas, ni el rigor de las estaciones, ni las pe-

nalidades de la peregrinacion, en suma, nada de lo que pudiera referirse á la comodidad propia del ministro.

§ II.

DISTRIBUCION DEL AUDITORIO.

La Iglesia en cuyo poder está reglamentar este deber, lo ha hecho de una manera santa y sabia, ordenando la gerarquía y consagrando prelados para que, segun las necesidades de los pueblos, distribuyan á sus ministros. Ha creado tambien institutos apostólicos dirigidos precisamente á peregrinar de continuo por los pueblos para difundir la luz del Evangelio y convertir á las almas. Nada mas, dirémos, pues, á este propósito, sino que el predicador debe estar atento á la voz de su Prelado para ir á evangelizar al auditorio que se le asigne. Pero no será fuera de propósito dar algunas máximas sacadas de las obras de los maestros mas experimentados en el ejercicio de la precacon.

§ III.

MÁXIMAS RELATIVAS AL AUDITORIO.

Un predicador debe estar animado, como ya dijimos, del espíritu de caridad. Decimos de caridad y no de simpatía, de afecto, de benevolencia, &c., &c., porque todas estas cosas, colocadas en el órden de los sentimientos puramente humanos, no son en sustancia nada comparadas con la caridad. La caridad, es un sentimiento, pero depurado perfectamente de cuanto pudiera ser indigno de Dios, es un sentimiento divinizado, tiene á Dios por fin y á su lei por norma: quiere lo que Dios quiere, y quiere como Dios quiere. Ahora bien, Dios quiere á todos los hombres, pues nos manda amarlos; Dios quiere su felicidad eterna, pues que les ha dado aun su propio Hijo; Dios ha perdonado á todos sus enemigos por la mediacion de Jesucristo, y este divino modelo de caridad la expuso á la veneracion y á la imitacion del mundo en aquel momento en que ya para espirar intercedió por sus enemigos y excusó á sus verdugos delante de su Padre.

San Pablo nos dió una idea magnífica, sublime á par que tierna de esta virtud santa que bajada del cielo se fecun-

da en la abnegacion, como el grano que, despues de morir en el seno de la tierra, resuscita, reaparece bajo la forma de las mieses, ó de las bellas flores, ó de los robustos y agigantados árboles. La caridad es paciente; luego el predicador todo lo debe soportar de su auditorio: la caridad es benigna; luego el predicador debe tener su corazon abierto siempre á todos y mui particularmente á los atribulados: la caridad es bienechora; luego el predicador no debe perdonar medio alguno de hacer á sus oyentes todo el bien que pueda, sin restriccion y sin medida: la caridad no es envidiosa; luego el predicador debe arrojar generosamente de su corazon esas rivalidades del talento, esas emulaciones del genio, esas alevosías de una lengua movida por la vanidad ó por la envidia: la caridad no busca sus propios intereses; luego el predicador no debe tener otra mira que la gloria de Dios en la edificacion de sus hijos.

Atento únicamente á la grandeza de su objeto, debe rodearse á sí mismo de precauciones, para no dejar tras de sí alguna cosa extraña que venga destruyendo lo que edifica.

Debe colocarse á la misma distancia del respeto humano y del falso celo. La lisonja siempre es indigna; pero en el predicador seria ignominiosa. Sin embargo, se ha de alejar cuidadosamente toda personalidad, ya recaiga ésta sobre un particular, ya sobre un estado especial, por ejemplo, sobre los obispos ó los magistrados. Las correcciones personales nunca deben hacerse sino en particular; pero pueden reprenderse en el púlpito los pecados que las personas de todos estados cometen generalmente; y aun en estas ocasiones se ha de usar de mucha circunspeccion, y pesar bien los términos que se emplean, para no irritar á los pecadores en vez de convertirlos.

“Nunca podré encomendaros bastante, decia San Francisco Javier, que cuando reprendáis los vicios en el púlpito, no nombréis nunca ni designéis á las personas, sobre todo á los magistrados y oficiales principales. Si os ha desagrado algo en su conducta y teniéis por conveniente advertírselo, hacedles una visita para hablarles en particular y secretamente, ó bien esperad la ocasion de que vayan á confesarse para comunicárselo en la intimidad del tribunal de la penitencia. Pero no os acontezca bajo ningun pretexto reprenderlos públicamente; porque sabed que son hombres mui delicados é irritables: y que las reprensiones que le hicieseis en público, producirian el mismo efecto en ellos que las picaduras del tábano en los toros, que se les enfúrecen de modo que se los ve dar brinco con

impetuosidad y arrojarse en los precipicios. Así estos hombres se precipitan mas y mas en los excesos que se les reprenen, como para vengarse del predicador, además de conservar un odio implacable contra el ministro del Señor y hacerle sentir los efectos de él en todas ocasiones.

Uno de los pasos mas indispensables que demanda este santo ministerio para su buen desempeño, es informarse de las costumbres de aquellos á quienes se predica. “Donde quiera que tengáis que ejercer las funciones del ministerio, aunque no sea mas que de paso y por poco tiempo, informaos con cuidado de los hombres de bien y experimentados que vida hacen comunmente los habitantes del pais: dedicaos, dedicaos á averiguar, con la mayor exactitud que sea posible, no solo los crímenes que allí se cometen, los fraudes y los diversos artificios que se usan para hacer injusticias y engañar en la negociacion, sino tambien los usos admitidos entre el pueblo, las opiniones generalmente divulgadas, las inclinaciones de la nacion, las costumbres particulares de la religion, el estado del foro, la forma de proceder, las trampas de los curiales y litigantes, en una palabra, todo lo que pasa en la sociedad civil y la manera con que los hombres acostumbran obrar entre sí. Fiaos de mi experiencia: no hai conocimiento mas útil para el médico de las almas, el cual aprende así á conocer las enfermedades, sabe mejor emplear remedios propios para sanar las heridas, y se proporciona los medios de tener siempre en la mano específicos acomodados á todas las enfermedades que encuentra.”

Sabido el carácter del auditorio es necesario pintar con vivos colores el estado de los pecadores, y tronar contra las costumbres corrompidas, á fin de corregirlas, retrayendo á sus víctimas de la esclavitud en que las tienen sus pasiones dominantes. Pero no por esto debe el predicador alejar de su aspecto moral esta dulzura insinuante de la caridad evangélica, cuyo poder excede tanto al del terror. “La vista de tantos crímenes como se cometen entre los hombres, dice el mismo Santo en otra de sus cartas al citado Padre, es mui capaz de excitar una viva indignacion en nosotros; pero tened mucho cuidado de no dejaros arrebatar de un celo imprudente, ni hablar de un modo que descubra ira. Las reprensiones del predicador á su auditorio serán infructuosas si una modesta mansedumbre no pone freno á la lengua dispuesta á prorumpir en expresiones picantes y palabras amargas: este es un camino resbaladizo, en que no ha de penetrar uno sin considerar bien en que paraje pone el

pié. ¿Se ha hecho alguien mejor por la fogosa reprension de un censor irritado?"

CAPÍTULO CUARTO.

OBLIGACIONES RELATIVAS AL OBJETO PRÁCTICO DE LA PREDICACION.

“Un hombre sensible ve á su amigo comprometido en algunos empeños contrarios á su interes ó á sus deberes: quiere retraerle de este compromiso; pero temiendo enagenarse su confianza con una oposicion excesivamente atropellada, se insinúa con dulzura, y en vez de atacar, se reduce desde luego á discutir. No se le escucha; pero él entónces pide tan solo el que se le oiga: toma el acento de la compasion, y con artificiosa lentitud expone sus reflexiones presentando los argumentos de la evidencia con la reserva de la duda. Nada se le responde; pero él, no dándose por entendido, empieza luego á quejarse, no de la obstinacion sino del silencio; y entre tanto, prosiguiendo su camino, va delante de todas las objeciones, y las refuta. Animado del celo indulgente de la amistad, está mui léjos de pretender brillar por el talento: no habla sino solo el sentido lenguaje del corazon. Mui pronto, calculando ya que puede interesar, no se permite ni el mas ligero reproche. Descubre el precipicio á los ojos de su amigo haciéndole ver toda su profundidad, para herir la imaginacion, la mas débil, pero la mas viva de nuestras facultades. Mediante la aplicacion oportuna y diestra de este resorte llega por último á hacerle vacilar: entónces descende hasta la súplica y da un curso digno á sus suspiros y á sus quejas. Apénas ha concluido, cuando su triunfo está consumado: el corazon cede, la verdad triunfa, los dos amigos se abrazan y á la elocuencia de una persuasiva ternura deben por fin el honor de la victoria la razon y la virtud. ¡Orador cristiano! he aquí vuestro primer modelo en el arte de preparar y de graduar los triunfos de la elocuencia sagrada. Este hombre compasivo que debe enternecerse para convencer, sois vos mismo; este amigo á quien es necesario mover para ganarle, es vuestro auditorio.”¹

Esta imagen delicadamente pintada por el célebre es-

¹ MAURY. Essai sur l'Eloquence de la chaire.

critor que acabamos de citar, no es todavía bastante parecida al original que nos presenta la institucion misma en la persona de Jesucristo y en los trabajos de los apóstoles. Es necesario recordar toda la ternura del primero en los diferentes pasajes de la vida; en el sermon de la montaña cuando predicaba su reino á los pobres, á los perseguidos, á los atribulados; en el pozo de Samaria, cuando no quiso descanso ni alimento por convertir á una muger del pueblo; en el Cenáculo, cuando no cesaba un instante de predicar la caridad con su palabra y con su ejemplo: es necesario profundizar aquel dicho de San Pablo de que quisiera ser anatemá por sus propios hermanos, aquella expresion del celo y caridad de San Pedro cuando él queria para los otros cuanto él tenia, exceptuando tan solo las cadenas de su prision: es necesario ver cómo caminaban los apóstoles á una muerte prevista, con el fin de edificar á sus hermanos, porque no tenian su vida por mas preciosa que el alma de sus ovejas, como decia San Pablo al partir á Jerusalem: es preciso recordar esa historia toda de grandeza y de heroismo que nos presentan los que militaron bajo el nombre de Jesus y la direccion de Ignacio de Loyola. Seria necesario escribir un libro, no para trazar la imagen sino para colocar en una especie de miniatura, la inmensa galeria de los héroes de la caridad apostólica, que derraman un esplendor divino sobre la historia de la predicacion evangélica; pero necesitando reducirnos al objeto moral de este capítulo, dirémos que el orador cristiano nunca debe olvidar que la palabra evangélica no vino á recrear la inteligencia, ni á divertir la imaginacion, ni á complacer el gusto, ni á crear vanidosas y estériles celebridades; sino á salvar al mundo con la fe, la esperanza y la caridad, á regenerar el entendimiento, enseñar la moral, corregir las costumbres, perfeccionar al hombre, santificar el mundo. Por consiguiente, sus miras deben dirigirse al hecho, y no reducirse á la simple especulacion.

“Cuando decian á San Francisco de Sales que algun predicador lo hacia perfectamente, preguntaba: ¡“En qué virtudes sobresale? ¡en humildad, en mortificacion, en mansedumbre, en fortaleza, en devocion y otras tales! Cuando le respondian que se hablaba de que predicaba bien, replicaba:” Eso es decir y no hacer: lo uno es mas fácil que lo otro. ¡Cuántos dicen y no hacen, y destruyen con su mal ejemplo lo que edifican con su lengua! ¡No es monstruoso el hombre que tiene la lengua mas larga que el brazo!”

“Una vez dijeron de uno, que habia asombrado á todo el

mundo: "Hoi ha hecho maravillas." El Santo respondió: "El que hace maravillas, es aquel, dice la sagrada Escritura, que fué hallado sin mancha, que no corrió tras del oro ni esperó en el dinero y los tesoros."¹

"Otra vez le dijeron que aquel predicador se había superado á sí mismo. ¿Qué renuncia interior ha hecho? dijo el Santo: ¿qué injuria ha sufrido? En tales ocasiones se vence uno á sí mismo."²

"¿Quiere V. saber, añadió, en qué conozco yo la excelencia y el precio de un predicador? Cuando los que acaban de oírle, dicen dándose golpes de pecho: "Yo obraré bien." Y no cuando dicen: "Oh! qué bien que lo ha hecho! qué buenas cosas ha dicho!" Sí, porque decir cosas buenas y con elocuencia es ostentar la ciencia ó la elocuencia humana; pero cuando se convierten los pecadores y se apartan de sus malos caminos, es señal que Dios habla por boca de aquel predicador, que tiene la verdadera ciencia de la voz, la ciencia de los santos, y que anuncia de parte de Dios la lei immaculada que convierte las almas.³ El verdadero fruto de la predicación es que se borre el pecado, y vuelva la justicia;⁴ y por la justicia de que habla el Profeta se han de entender la justificación y la santificación. Para eso envía Dios los predicadores, como Jesucristo sus apóstoles, para que hagan fruto y este fruto permanezca."⁵

"Los predicadores cristianos, decía S. Gerónimo, no deben buscar los artificios de los retóricos, sino las sencillas palabras de los pescadores, es decir, de los apóstoles. Si S. Pablo condena á los oyentes que tienen comezon en los oídos (*prurientes auribus*); ¡cuánto mas desecha á los predicadores que se los lisonjean con palabras escogidas, periodos numerosos y discursos acabados!"

¹ Beatus vir qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. ¿Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. (Ecl. XXXI, 8.)

² Para la cabal inteligencia de este pasaje conviene advertir á los que no conocen la lengua francesa, que en ella la expresion *se surmonter soi-meme* tiene dos significaciones, *excederse á sí mismo*, es decir, hacer mas de lo que se espera de uno, y *vencerse*. Los que ponderaban al predicador en cuestion, usaban la palabra *surmonter* en la primera acepcion (*excederse á sí mismo*); el Santo en su réplica la toma en la segunda, (*vencerse*.)

³ Lex Domini immaculata convertens animas. (Salmo XVIII, 8.)

⁴ Ut deleatur iniquitas et adducatur justitia.

⁵ Posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat. (Joan. XV, 16.)

"No se reduce todo á que la primavera sea florida si el otoño no da fruto. El predicador que no tiene mas que hojas de lenguaje y buenas ideas, corre riesgo de ser clasificado entre aquellos árboles infructíferos á quienes se amenaza en el Evangelio con el hacha y con el fuego."¹

El objeto práctico de la predicación pide que el predicador no se limite al sermón, sino que se extienda al consejo y al ejercicio de los otros ministerios. Si su predicación, disponiendo felizmente los ánimos, atrae á su piscina gran número de paralíticos y leprosos, entónces es cuando debe echar todo el resto, digamoslo así, de su caridad y de su celo. Porque de otro modo pareceria fingimiento la tierna solicitud manifestada en el púlpito por la conversión de las almas. "Ocupaos continuamente, decía San Francisco Javier al Padre Nuñez en una de sus cartas, en predicar, confesar, visitar y asistir á los enfermos y á los presos, y en otras obras de caridad semejantes: que siempre se os vea pronto y zeloso en prestar al prójimo todos los oficios propios de un corazón piadoso y compasivo. Si ven que siempre os inclináis á ellos con un santo anhelo, con humildad y con cariño al prójimo, adquiriréis por la gracia de Dios la confianza y el amor de la ciudad, y aunque no tengáis el don de la elocuencia; sin embargo, vuestro zelo y modestia darán fuerza y peso á vuestras palabras, y estas moverán los corazones y producirán frutos abundantísimos." En fin el predicador nunca debe olvidar que la predicación es un medio, y la salvación es el fin de su misión; y esto le bastará para asociar al ministerio de la palabra todos los otros que puede ejercer, á fin de que lo que busca predicando, lo consiga mediante su cooperación con todos, los otros medios conducentes á un mismo fin.

¹ Jam securis ad radicem arborum posita est: omnis ergo arbor que non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur. (S. Matth. cap. III. v. 10.)